

PEDRO PRADO EN MI RECUERDO

Juan Loveluck

Con la muerte de Pedro Prado ciérrase uno de los más hermosos y fecundos capítulos de nuestra literatura y desaparece el más completo artista de nuestros medios. No puede decirse que perdamos al poeta, al novelista, al ensayista; su obra queda. Pero sí perdemos al hombre, al amigo leal, al consejero de muchas incertidumbres.

No deseo realizar aquí una enumeración ni un análisis de su extensa obra; queda para otra ocasión y lugar hacerlos. Por ahora más que nada interesa el hombre que era Pedro Prado.

Tuve la suerte –a pesar de nuestra diferencia de edades– de contar con su inapreciable amistad, cuya historia me permitirá hacer hincapié en algo fundamental de su personalidad: el interés siempre despierto por la juventud, el paternal desvelo por quienes empezaban un camino recorrido por él gloriosamente.

Escribí en mis años liceanos –y perdóneseme que hable de mí– un breve artículo sobre su obra. Alguien me sugirió que se lo enviara, y así lo hice. Pensé que ni repararía en mi actitud, y me equivocaba, porque no lo conocía. Venía él recuperándose de una grave enfermedad, y me contestó con extraordinaria amabilidad. No se quedó allí: un día, en Viña del Mar –que cantó en “Esta bella ciudad envenenada”– supe con sorpresa grande que había ido a buscarme a mi propia casa y me rogaba tomara once con él, esa tarde. Mi edad, mi inexperiencia, me hicieron ir tímidamente. Pronto el que yo creía hielo inicial se transformó en camaradería, en largos paseos por la orilla del mar, en inolvidables conversaciones sobre todos los tópicos imaginarios, que me permitieron conocer mucho de su riquísimo anecdotario personal. Imposible me sería calcular cuántos kilómetros caminamos sin cansarnos y no posee mayor importancia hacerlo; en esas caminatas se me fueron revelando el hombre y el poeta profundos que, de pequeñas, humildes cosas, hacía una gran poesía; que era, también, capaz de acciones como la que antes he relatado y que ningún otro escritor chileno, ni con la mitad de su prestigio, hubiera realizado.

Un día caminamos veinte cuadras porque quería mostrarme –oh poesía de las minúsculas cosas ignoradas– una ventana que él vio en otras épocas iluminada largas, interminables horas de la noche. Le había inquietado saber quién encendía esa luz, si era un hombre o una mujer... Ese ser desconocido, ¿leía, pensaba, sufría, esperaba,

escribía? La obsesión fué convirtiéndose en poesía, hasta que su mano escribió aquel soneto que lo dice todo:

¿Quién atisba detrás de esa ventana
que distingo en las noches, encendida,
brillando más y más palidecida,
en una espera prolongada y vana?
¿Quién otra vez la encenderá mañana;
a quién aguarda; quién es la perdida
alma o dolor que así toda la vida
alumbra, aún entrada la mañana?
En estío, llevado en mi vagancia
por los suaves senderos del pasado,
desde la hora primera vespertina,
brillaba esplendorosa en la distancia;
pero como el otoño ya ha llegado,
distingo apenas su halo en la neblina.

He hablado de obsesión. Otra vez me relató el origen de *Alsino*. Cerca de su casa —esa antigua casona de Mapocho 3775, en que tantas locuras cometieron “Los Diez”— había un pequeño jorobado. Uno de los pequeños hijos del escritor preguntábale con ingenuidad infantil qué llevaba en el bulto de la espalda. ¿Qué responderle a un hijo de cortos años ante esa pregunta? “No quise mostrarle —recuerdo sus palabras— desde tan pequeño las fealdades e injusticias de la vida e inventé que en ese bulto escondía un par de alas con las que, en la noche, se remontaba a los cielos...”. La curiosidad del niño quedó satisfecha por ese día. Nuevas preguntas, otras preguntas, fueron creando en las mentes de ambos un verdadero personaje. El niño siguió inquirendo y el padre tuvo que desarrollar un verdadero argumento. El jorobado era la obsesión de ambos y de ella resultó una novela extraordinaria por su simbolismo y la calidad de su fantasía.

ES LA HISTORIA DE *ALSINO*

Las pequeñas cosas, su misterio, su lenguaje, el mundo de ideas que sugieren, eran su propia universo y el de su poesía, como lo eran también las grandes preocupaciones ontológicas, religiosas y políticas que tantas veces —diré con él: “solo el recuerdo es duradero”— me confió con ese paternal fervor que ponía en su comunicación con la juventud.

La finura, el arte delicado, el pensamiento profundo de sus versos, claros y límpidos, eran tónica de su vida que está ampliamente expresada en su poesía. Las palabras no eran su simple instrumento de comunicación humana o artística, sino voz de la armonía de la vida profunda, de la generosidad que anidaba su alma hipersensible:

Hasta el perfume de una flor me hiere,
 ¡tanto mi corazón es sensitivo!
 Tanto el ensueño mi razón prefiere,
 que hasta una nube me llevó cautivo.
 Es un ver sin mirar, todo intuitivo;
 siempre el misterio mi visión inquiere;
 en esta vida ya otra vida vivo,
 donde la vida de apariencia muere...

La juventud de Chile tiene una deuda con Pedro Prado, alma siempre joven y atenta a las renovaciones en todo terreno. El moderno clasicismo de sus versos, su antiguo sello, puede inducir a imaginarlo desatento a las últimas corrientes artísticas mundiales, error común a muchos de nuestros intelectuales. No; lo prueban sus lecturas incansables de los autores americanos y europeos de todos los tiempos.

En su juventud fue dirigente universitario, un hombre de avanzada, sobre todo en los caminos del arte. ¿Quién puede desconocer la importancia que tiene en nuestra poesía la publicación en 1908 de sus *Flores de cardo*; serían posibles muchos adelantos y realizaciones de nuestra poesía sin el benéfico impulso de esa obra que merece recuerdo?

Supo vivir en paz; poco salía de su retiro. Después vino 1949 y la concesión del premio Nacional de Literatura; ajeteos, reportajes, inquietudes, que lesionaron más su salud resentida. Pero él quería, a pesar de todo, satisfacer a quienes lo solicitaban; así viajó especialmente a Valparaíso para hablar a los muchachos de la Escuela de Derecho que en esta hora deben sentir resonar en sus tímpanos su voz inspirada y alentadora.

La extraordinaria videncia de Pedro Prado, la intuición que poseía de los hechos, lo mantenían en una actitud de acercamiento con la muerte, a la que no temía. Su obra poética experimentó un vuelco de lo humano a lo divino que él expresó así en los últimos versos de su soneto "Presentimiento":

De amor humano hacia el amor divino,
 voy labrando, sin tregua, mi camino.

Conocía ya a la muerte, con resignación, con místico acercamiento a la Divinidad. Un total desasimiento por lo terreno lo invadía y en su vida ya no albergaba ni quimeras ni deseos. Eso manifiesta en el poema que cierra su *Antología*, publicada en 1949; sólo espera el amor del Creador:

Más allá del deseo y la quimera,
 por sobre la esperanza y la vislumbre,
 al lograr otra altura, nueva cumbre
 en infinita sucesión me espera.

Tú has turbado, Señor, a mi remanso,
perdona si hoy aguardo nuevos dones;
más veo yo tu amor, mis ambiciones
se exaltan más y más mientras avanzo.

Ni tu rostro, Señor, ni tu alegría,
a mi alma insatisfecha y que confía
podrían ya saciar. Nunca será harta

hasta ser en tu Ser y que comparta
tu gloria inmarcesible, hasta que ruede
al seno de tu seno y allí quede!

Ha muerto Pedro Prado; con él perdemos un valor insustituible.

En la hora de su muerte le rindo mi homenaje emocionado y confío su imagen
al recuerdo porque, él lo dijo en sus versos:

¡El recuerdo es el tiempo eternizado!